

A TRAVÉS DE SU VENTANA

Empujando la puerta principal, Alonso se adentró en la oscuridad de la casa. Las telarañas colgaban del techo de las esquinas y el polvo flotaba en el aire. Cada paso que daba parecía resonar en toda la casa, y con cada paso la curiosidad lo consumía más. Finalmente, llegó a una habitación que parecía estar en mejores condiciones que el resto de la casa, y un cuadro tapado en el atril se destacaba en medio del cuarto, aunque no se podía ver. El atril estaba situado en el medio de la habitación que había estado observando por tantas horas, y el misterio del lienzo oculto creaba una atmósfera de anticipación.

El paño que cubría el cuadro era de seda y estaba cuidadosamente sujeto a los lados del atril. Alonso se acercó con cautela y deslizó sus dedos por debajo del paño. Mientras la pintura se desvelaba, su corazón empezó a latir cada vez más rápido, y lo que sus ojos vieron en el cuadro lo dejaron en estado de shock.

Alonso la vio por primera vez aquella mañana. Una chica esbelta, de cabello rojizo como una rosa en primavera, tez clara, y ojos marrones penetrantes, se encontraba en la casa frente a la suya pintando un lienzo de manera apasionada. La chica parecía hallarse en un atasco, pues miraba la pintura de manera confusa y frustrada. ¿Qué estaría pintando? se preguntaba. Había infinitas posibilidades, un paisaje otoñal, la belleza del invierno, un retrato de algún ser querido... A pesar de que trataba de descifrar la pintura, el lienzo le daba la espalda completamente y desde su ventana solo podía observar la cara de la hermosa muchacha. Ella estaba sentada en una gastada butaca de madera y se veía agotada. Su ceño fruncido, su despeinada coleta y sus raídas ropas, llenas de manchas de pintura, indicaban la dedicación y esmero con la que la chica trabajaba. Si hubiera tenido que adivinar, diría que no tenía más de 25 años. La manera en la que agarraba el pincel demostraba su experticia en la materia. ¿Sería el arte su profesión o su pasión?

Así había pasado el tiempo los últimos días, ensimismado observando a la joven, que lo hipnotizaba con sus pinceladas. En ese momento, se encontraba una vez más, observando a la misteriosa muchacha. En un movimiento brusco de su vecina, Alonso vio como el pincel cayó de sus manos y ella se agachó para recogerlo. Sin embargo, extrañamente, la chica no se volvió a levantar, y el marco de la ventana impedía a Alonso descifrar lo que le había pasado. En la habitación repentinamente reinó el

silencio, pues únicamente se observaba el atril con el cuadro y la butaca de madera vacía.

A pesar de la extrañeza de la situación, Alonso decidió dejar de lado sus inquietudes e irse a dormir, pues ya era muy tarde. Sin embargo, no pudo dejar de pensar en la extraña joven y su repentina desaparición, durante toda la noche. En un suspiro se levantó de la cama y miró por la ventana esperanzado, solo para encontrar la soledad del atril y el lienzo. Iba a volver a la cama, cuando se percató de un pequeño detalle. El lienzo estaba cubierto por un paño color negro. Como si no controlara su cuerpo, Alonso bajó por las escaleras y caminó hacia la casa de su vecina. Una fuerza que no podía explicar lo atraía hacia la habitación del cuadro. Cuando llegó a la puerta se dio cuenta que esta se encontraba entre abierta y precipitadamente decidió entrar a la casa.

Atravesó los pasillos rápidamente, y se hizo paso hacia la habitación de la joven. La intriga aceleró su corazón y con cautela le quitó el manto a la pintura. Sorprendido, se encontró frente a su propio retrato. El cuadro capturaba cada rasgo de su rostro con una precisión asombrosa, y la pintura tenía una sensación de realismo increíble. Su cabello y ojos negros como la noche, sus manierismos, la expresión de su rostro, todo estaba reflejado de manera impresionante en aquella pintura. Alonso sentía como los ojos del retrato lo seguían con la mirada, y explayaban en lo más profundo de su alma. Él se encontraba frente a un espejo.

Luego de apreciar el retrato detenidamente, su mirada se fue a una extraña carta que se encontraba tirada en el suelo. Iba dirigida hacia él, de parte de la misteriosa pintora: “Yo también te he estado observando. Encuentro en ti la paz y serenidad que nunca habrá en mí. Te admiro. En cada trazo te conocí más y cada vez que te veía algo en mi cambiaba. Sé que debí decírtelo, sé que debía acercarme, pero mi vida es tan complicada que tampoco puedo revelar ni mi identidad. Dejémosla como la de la chica de pelo rojizo y ojos marrones con la que por la mirada te enamoraste”. El corazón de Alonso latió fuertemente y dentro de sí, experimentó una mezcla de emociones. Sabía que no la volvería a ver, pero por algún motivo, sentía que, con ese cuadro, la esencia de la misteriosa chica de la ventana siempre estaría con él.

Seudónimo: “NAFLO”